Breve historia del Rey Arturo

BREVE HISTORIA DEL REY ARTURO

CHRISTOPHER HIBBERT

nowtilus

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
Director de la colección: Juan Antonio Cebrián
www.nowtilus.com

Título original: *The way of King Arthur*
Autor: Christopher Hibbert
Traducción: Sandra Suárez Sánchez de León para Grupo ROS

Edición original en lengua inglesa:
© 2004 ibooks, Inc., New York
Las láminas de *The Quest for the Holy Grail* de Edwin Austin Abbey están reproducidas por cortesía de la Boston Public Library.

Edición española:
© Ediciones Nowtilus S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Editor: Santos Rodríguez
Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño de interiores y maquetación: Juan Ignacio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-845-6
Fecha de primera edición: Noviembre de 2004
Fecha de segunda edición: Diciembre de 2005
Fecha de tercera edición: Septiembre de 2009

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso

AGRADECIMIENTOS

Los editores estamos particularmente agradecidos a CHRISTINE SUTHERLAND por su ayuda desde Londres. Además, nos gustaría dar las gracias a las siguientes personas e instituciones:

W. H. ALLEN PUBLISHERS, Londres.
W. GEOFFREY ASHE.
SUSAN BAKKER.
JACQUES GUIGNARD, Biblioteca de l'Arsenal, París.
Y. DUHAMEL, Biblioteca Municipal de Douai.
MARCEL THOMAS y LE MONNIER, Biblioteca Nacional de París.
MARTIN WITTEK, Bibliotheque Royale, Bruselas.
The Bodleian Library, Oxford.
MARGARET GALE, British Information Service Library.
DR. STEIGER, Burgerbibliothek, Berna.
City Museum y Art Gallery, Birmingham.
Profesor ROWLAND L. COLLINS, Universidad de Rochester.

JOHN R. FREEMAN Ltd., Londres.
HOFKIRCHE, Innsbruck.
KRUYTER, Koniklijke Bibliothek, La Haya.
The Lambeth Palace Library, Londres.
Landesmuseum, Trier.
The Mansell Collection, Londres.
HOFRAT HANS PAUER, Österreichische National-bibliothek, Vienna.
The Pall Mall Press, Londres.
The Rylands Library, Manchester.
Trustees of the British Museum, Londres.
DR. BECKERATH de la Universitatsbibliothek, Bonn
La cita de la página 126 es del libro *Arthurian Tradition and Chrétien de Troyes*, de ROGER SHERMAN LOOMIS, publicado por Columbia University Press, 1949.

ÍNDICE

Prólogo

El rey Arturo, la realidad de un mito 11
por JUAN ANTONIO CEBRIÁN

Introducción 15

I. ***Leyendas y legados*** 19
II. ***Un «noble y alegre libro»*** 45
III. ***La isla amenazada*** 69
La búsqueda del Santo Grial 89
IV. ***«Comandante en las batallas»*** 103
V. ***La búsqueda de Camelot*** 133
VI. ***El único y futuro rey*** 149

Prólogo

El rey Arturo, la realidad de un mito

Cada pueblo necesita sus héroes, personajes valerosos que infunden un ánimo especial por el bien, en detrimento de la oscuridad y las tinieblas. Esos valientes encarnan los mejores valores de la sociedad que los acoge y son el espejo en el que los jóvenes se miran con el secreto anhelo de imitar el comportamiento de aquellos seres casi perfectos, cuyo modelo de vida tanto entusiasma. Quién en algún momento de su vida no ha soñado con poder emular las proezas del gran rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda; quién no ha tenido la necesidad de realizar un viaje iniciático buscando la verdad de su espíritu; quién no ha intentado conquistar el corazón del ser amado; quién no

ha reivindicado en alguna ocasión sus raíces y su identidad patria. Por casualidad o no, lo antes expuesto está encerrado tras las murallas de Camelot, la luminosa capital del reino artúrico. Lo cierto es que esta historia épica se ha convertido con los siglos en una referencia obligada para los seguidores de la fantasía y de los ideales más nobles. Pero ¿qué hay de cierto en esta antigua tradición?

En el caso del rey Arturo es difícil desligar su verdadera epopeya con la planteada por cientos de libros, decenas de películas e incontables narraciones populares. Lo poco que sabemos de forma fidedigna es que sobre el siglo V o VI d.C., existió un carismático caudillo anglorromano llamado Owain Dantgwyn, cuyo sobrenombre Art (Oso), fue el que finalmente le proyectaría de manera universal hasta nuestros días.

La figura de Arturo ha sido modelada a lo largo de los siglos, primero, por los clérigos amanuenses, luego, por los trovadores y juglares y, más tarde, por narradores románticos y guionistas cinematográficos.

Según aparece en las crónicas elaboradas por el monje Gildas en el siglo VI, existió un jefe tribal que logró, tras muchos combates, unificar a las tribus celtas de Britania; eran los tiempos de la edad oscura y poco o nada de lo acontecido pasaba al papel. Es por tanto mérito de los oradores el que nuestro personaje haya llegado a tan digno puerto. En los siglos IX y X Arturo surgirá de nuevo como guía de los sajones en las eternas luchas de Albión. Libros de gran calado, como la *Historia Brittonum* o *Annales Cambriae*, reforzarán la idea de un pasado glorioso para los británicos.

En el siglo XII la *Historia Regnum Britanniae* de Geoffrey Monmouth asentará la filosofía vital del universo

artúrico para que, años más tarde, la gran reina Leonor de Aquitania –madre de Ricardo Corazón de León– encargue a sus trovadores la recuperación total de esta mítica tradición. Serán autores medievales, como Chrétien de Troyes o Robert de Boron, los que darán el impulso definitivo al rey Arturo y los suyos: el mago Merlín, Morgana, Ginebra, así como los caballeros puros de la Mesa Redonda donde destacan Lancelot, Percival... Todos giran en torno a la magia de Excalibur, espada prodigiosa protegida por la dama del Lago, quien en el deseo de dar a Inglaterra el monarca más capaz la incrustará en una roca a la espera de ser extraída por el joven Arturo, el único elegido para regentar el destino escrito por los dioses celtas.

Camelot es la ciudad cuna de los mejores sentimientos humanos, su defensa es vital para contener a las hordas malignas. Los caballeros buscan el Grial como signo de pureza ante los ojos del creador. Y, por si todo falla, queda la enigmática isla de Avalon, la conexión perfecta con la ancestral religión pagana.

Finalmente, en 1469, el escritor Thomas Malory dio el toque definitivo a la mitología artúrica imaginando un apasionado romance entre la reina Ginebra y el caballero sir Lancelot.

En esta obra que usted, querido lector, tiene entre las manos el reputado historiador le descubrirá al verdadero Arturo, desprovisto de armadura medieval y de algunas actitudes que, a buen seguro, sorprenderán a los que se acerquen con inocencia a estas páginas. Y, es que, en ocasiones, si no mostramos receptividad ante la desnuda verdad histórica, conviene seguir soñando. El auténtico rey Arturo seguramente tuvo más de Oso que de caballero, pero lo importante no es eso, lo fundamental es que dece-

nas de generaciones han podido disfrutar con lo planteado por la gozosa leyenda y, de ese modo, millones de jóvenes supieron, tras descubrir el alma de Camelot, que querían ser mejores personas. Eso es lo que cuenta en un mundo actual sumido en la incertidumbre del porvenir.

Juan Antonio Cebrián
✞ 20-10-2007



— in memoriam —

Introducción

LOS ROMANCES SOBRE EL REY ARTURO y los caballeros de la Mesa redonda son, probablemente, las leyendas más conocidas del mundo occidental. A la mayoría de nosotros nos han servido como introducción al mundo de la caballería, en el que los caballeros andantes buscaban el honor y la gloria en difíciles expediciones y en el que bellísimas damas observaban a sus amados justar en impresionantes torneos. Se trata de un mundo que nos resulta muy lejano y distante de nuestra insegura sociedad tecnológicamente avanzada.

La verdadera fascinación de la leyenda del rey Arturo descansa en el hecho de que el héroe no es un mito, sino una figura histórica real que vivió en la isla de Britania hace catorce siglos, en unos tiempos que estaban, como los nuestros, repletos de amenazas. Con el derrumbamiento del Imperio romano, el pueblo de Britania se encontró

sumergido en una desesperada defensa de su isla contra los invasores sajones que se aproximaban cruzando el Mar del Norte. Los paganos sajones asesinaban, saqueaban e incendiaban; con el tiempo, conquistaron áreas cada vez más amplias y destruyeron de forma gradual todo lo que quedaba de la civilización cristianizada romano-británica.

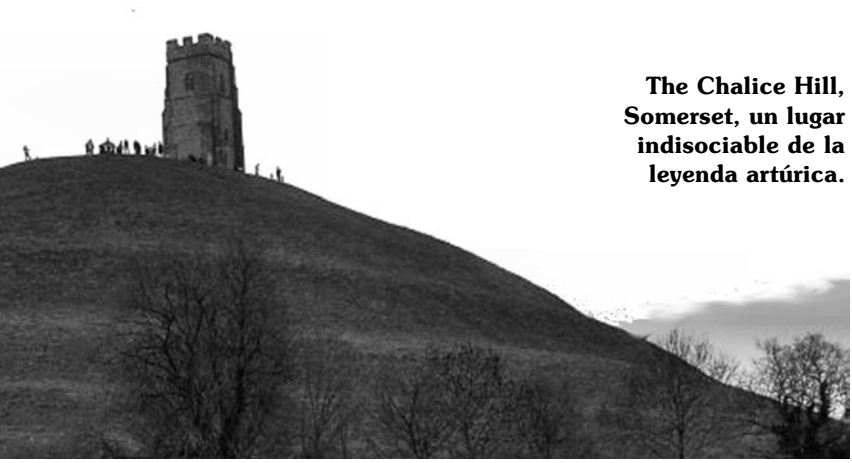
En su búsqueda del personaje histórico de Arturo, Christopher Hibbert revive de forma gráfica estos problemáticos tiempos. Como su fascinante relato demuestra, los datos reales sobre Arturo son muy pocos y en muchos casos imprecisos. Pero se conoce lo suficiente para construir un retrato convincente del guerrero del siglo VI que se convirtió en leyenda en todo el mundo. La velocidad con la que se extendió esta leyenda y la asombrosa riqueza del material que embelleció tan exiguos datos históricos son, en sí mismos, un homenaje al poder de Arturo para atraer a hombres valientes a unirse a su causa.

El relato de Hibbert de la búsqueda de Arturo incluye una exhaustiva descripción (ilustrado con miniaturas medievales, pinturas y grabados) de los muchos cambios que la leyenda artúrica ha experimentado a través de los siglos a medida que nuevas generaciones de trovadores,



pintores y poetas reinterpretaban y adornaban las viejas historias para amoldarlas a sus necesidades.

La vida de Arturo ha recobrado interés en los últimos años, tanto por el musical titulado *Camelot* que reproduce la leyenda adaptada a nuestra experiencia moderna, como por las excavaciones arqueológicas que se han realizado en el castillo de Cadbury, en Somerset, Inglaterra, un lugar que se identifica como el Camelot de Arturo desde el siglo XVI. Christopher Hibbert describe el trabajo allí emprendido, el cual ha revelado que el antiguo fuerte británico fue realmente reutilizado a principios del siglo VI, el periodo en el que creemos que vivió Arturo. Los informes más recientes revelan que los arqueólogos han trazado los contornos de un salón de banquetes del siglo VI y esperan probar que era el que utilizaban Arturo y sus caballeros.



The Chalice Hill, Somerset, un lugar indisociable de la leyenda artúrica.

I

Leyendas y legados



EN EL CORAZÓN DE LA TRANQUILA Y APACIBLE CAMPIÑA del suroeste de Inglaterra hay una colina de piedra caliza amarillenta. Se levanta afilada y de forma inesperada unos quince metros sobre el pequeño pueblo de South Cadbury y los ancianos que han vivido muchos años a su sombra relatan extrañas historias sobre ella. El castillo de South Cadbury se eleva sobre una colina hueca, dicen, y si en la festividad de San Juan puedes encontrar las puertas de oro que llevan a su interior, podrás descubrir al rey Arturo sentado en el centro de su corte. A veces, en las noches tor-

mentosas de invierno, se puede oír al rey trotando con sus jaurías por el camino trillado, ya que, como un anciano contaba, «la gente dice que, en las noches de luna llena, el rey Arturo y sus hombres cabalgan alrededor de la colina, y sus caballos están herrados con plata, y que se encontró una herradura de plata en la pista por donde ellos cabalgan, y, cuando han rodeado la colina, se detienen para dar de beber a sus caballos en Wishing Well».

Incontables generaciones han relatado tales leyendas sobre Arturo, «el verdadero y futuro rey», y sus nobles caballeros. Su fama sobrevive en forma de extraños mitos de antigüedad desconocida, no solo en South Cadbury, que se ha identificado durante mucho tiempo como el palacio artúrico de Camelot, sino también por toda Inglaterra, Gales y Escocia.

Cada condado tiene sus propias leyendas. En Cornwall, las historias dicen que todas las granjas y los bosques «estaban plagados de gigantes hasta que Arturo, el buen rey, los hizo desaparecer con su espada». En Northumberland, Arturo y su reina Ginebra, sus caballeros y sus damas, y la jauría de perros de caza del rey, yacen durmiendo en su cripta debajo del castillo de Sewingshields. De esta forma, también descansan bajo las ruinas del Castillo Richmond de Yorkshire, esperando a ser despertados por el sonido de un cuerno que reposa en una mesa situada en la entrada a su caverna. Se dice que un granjero incauto se tropezó una vez con ellos, pero le faltó el coraje para hacer sonar el cuerno que los devolvería a la vida. Gales está repleto de cuentos sobre tumbas y colinas huecas en las cuales Arturo y sus caballeros esperan el momento de volver. Un día, según coinciden todas las leyendas, el rey Arturo despertará de su largo sueño y

cabalgará para salvar a su pueblo, en el momento en que ellos más lo necesiten.

Lo mismo que ocurre con las leyendas, sucede con los nombres de los sitios. Arturo, según parece, viajó mucho y lejos, ya que su nombre puede encontrarse por todo lo ancho y largo del país, desde las islas Scilly llamadas Gran Arturo y Pequeño Arturo, situadas en el suroeste en la costa de Cornwall, hasta la Silla de Arturo, que se eleva sobre Edimburgo, la capital de Escocia; y desde el Sillón de Arturo en las colinas de Breconshire en Gales hasta la Colina de Arturo, de Newcastle, en la costa noreste de Northumberland. Ningún otro nombre en toda Gran Bretaña aparece con tanta frecuencia, excepto el del demonio (Devil). Nadie conoce con exactitud la antigüedad de los nombres de estos lugares, así como tampoco nadie sabe qué antigüedad tienen las leyendas. Pero en algún momento de la oscura niebla de la historia, próximo a su creación, existió un Arturo real que los inspiró.



Colinas conocidas como «la Silla de Arturo», en Edimburgo.

El Arturo que ha venido a formar parte del tejido de nuestras vidas actuales es mayormente una creación de los tiempos medievales, cuando los trovadores y los cronistas lo convirtieron en héroe de los romances, un campeón cristiano, un legislador noble cuyos caballeros fueron el modelo de la caballería. Estos cuentos artúricos han ocupado un lugar en nuestra literatura y, a lo largo de los siglos, los poetas y los pintores han recreado de nuevo los personajes y sus aventuras. De hecho, el mito se ha hecho tan real para nosotros que tendemos a olvidar la existencia de un Arturo real e histórico. Quizás no fue un rey en el sentido en que nosotros entendemos el reinado. Quizás ni siquiera fue un hombre particularmente bueno, generoso o idealista. Todos sabemos, cuando comenzamos a conocerlo, que debió ser una persona notable, pues la fama no sobreviene sin una buena razón y la fama de Arturo nunca ha sido igualada.

La referencia más temprana conocida a nuestro Arturo histórico es indirecta, y data de los turbulentos siglos inmediatamente posteriores al 410 d.C., cuando la última guarnición romana se retiró de Britania, la avanzada más occidental de un Imperio romano que estaba a punto de entrar en su decadencia. Tras la partida de la legión, la isla sufrió las constantes invasiones de los jutos, los anglos y los sajones desde el Mar del Norte. En un poema épico escrito sobre el año 603, el bardo galés Anerin describe una de las muchas batallas que tuvieron lugar entre estos invasores y los britanos, que luchaban desesperadamente para repelerlos. A lo largo de este extenso poema, *Gododdin*, parece que el nombre de Arturo ya estaba asociado a una valentía excepcional, ya que Aneurin describe las hazañas de cierto héroe británi-



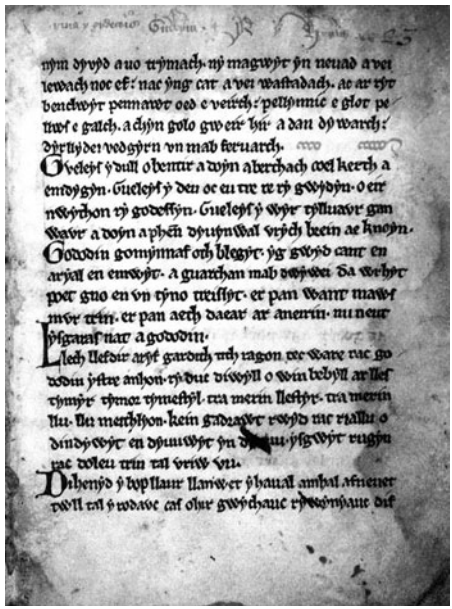
Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, civilizador de las islas británicas y dios de los britanos, el pueblo de donde surgió el mito de Arturo.

co diciendo que su coraje era notable, «a pesar de que no era Arturo».

Otra pista significativa es la siguiente: un siglo antes de que *Gododdin* se escribiera, el nombre de Arturo era prácticamente desconocido en Britania. A finales del siglo VI y principios del VII, sin embargo, comenzó a ser bastante común, ya que existen cuatro o cinco Arturos a los que se les puede seguir el rastro a pesar de los escasos documentos de ese periodo que han llegado hasta nosotros. Uno de ellos fue un príncipe de Argyll, nacido del rey escocés Aedán mac Gabráin sobre el año 570; otro de los Arturos nació aproximadamente en el mismo periodo en el suroeste de Gales y fue nieto de un gobernante llamado Vortiporius, del cual todavía existe un monumento; en el año 620 el rey irlandés, Morgan, fue asesinado por «Artuir, hijo de Bicoir, un britano». No es fácil justificar esta repentina popularidad a no ser que un Arturo real existiera en este tiempo, o poco antes, y cuyas proezas suscitaran tanto la admiración de sus contemporáneos que varios gobernantes británicos pusieran este nombre a sus hijos en su honor.

Sin embargo, aunque estas referencias sugieren de forma sólida que un Arturo histórico vivió en Britania en

algún momento del siglo VI, las fuentes de este periodo no mencionan su nombre directamente. De hecho, no es hasta doscientos quince años después cuando el nombre de Arturo aparece en una crónica auténtica: la *Historia Brittonum*, que fue recopilada en latín por un monje galés llamado Nennius en el siglo IX. En una sucesión de referencias sugerentemente breves, Nennius menciona a Arturo como el vencedor británico de una serie de batallas libradas por los británicos contra los sajones en el siglo VI. Nennius ofrece información muy poco sólida, como veremos en un capítulo posterior, pero confirma la legendaria reputación de valentía de Arturo que ya se había sugerido en la alusión del poema *Gododdin*, y, lo



En el poema *Gododdin* aparece una de las primeras referencias al rey Arturo, resaltando su arrojo y valentía y su carácter heróico.

que es más importante, deja claro que Arturo fue una figura alrededor de la cual ya se habían comenzado a forjar fantásticas leyendas.

Nennius relata dos historias que ilustran este hecho; precisamente, las llama *mirabilia*, «maravillas». La primera tiene que ver con Carn Cabal, un memorial o monumento hecho con piedras apiladas unas encima de otras, en el condado galés de Breconshire. En la parte superior del monumento, había una piedra que contenía la huella del perro de Arturo, Cabal, que la había marcado al pisarla durante una cacería de jabalíes. Arturo hizo construir el monumento en memoria de su amado perro y señaló que cada vez que la piedra con la huella se quitara de su sitio, en las siguientes veinticuatro horas, indefectiblemente volvería a su lugar.

La otra historia hace relación a la milagrosa tumba del hijo de Arturo, Anir, que fue enterrado junto al nacimiento del río Gamber en Herefordshire, en la frontera galesa. Anir «fue hijo de Arturo el soldado», escribe Nennius, «y el mismo Arturo lo mató y lo enterró. Y cuando los hombres vengan a medir la longitud del túmulo, encontrarán que a veces mide seis pies, o nueve, a veces doce y a veces quince. Cualquiera que sea la longitud que midas la primera vez, será diferente a la que midas la siguiente, y yo mismo he comprobado que esto es cierto».

Por muy fantasiosas que parezcan las historias de Nennius, fueron totalmente superadas a principios del siglo XII, cuando un estudioso conocido como Geoffrey de Monmouth escribió un libro llamado *Historia Regum Britanniae* (*Historia de los reyes de Britania*). En él, el autor se asigna a sí mismo la tarea de proporcionarnos un recuento de «los reyes que moraron en Britania antes de la

llegada de Cristo» y «especialmente del rey Arturo y muchos otros que le sucedieron después de la llegada de Cristo». Geoffrey nació probablemente en Monmouth, en el sur de Gales, aunque seguramente tenía ascendencia bretona; todo lo que sabemos con seguridad de su origen es el dato, bastante interesante por cierto, de que su padre se llamaba Arturo. Terminó su vida siendo obispo en St. Asaph, una ciudad del norte de Gales. El Gales y la Britania del siglo XII eran áreas en las que la mayoría de la población era de origen celta, lo que significa que eran descendientes de los britanos originales que poblaron las islas en tiempos de los romanos. Geoffrey fue un hombre imaginativo y enormemente orgulloso de sus orígenes; también era un buen lector y un hombre ambicioso que compartía la herencia de los normandos, aquellos que una vez fueron señores de Britania. Su *Historia de los reyes de Britania* combina todas estas influencias; gracias a su habilidad como escritor, presenta la leyenda de Arturo de una forma que llega más allá de la audiencia de nobles normandos a los que la dedica.

La *Historia* está dividida en doce libros, tres de los cuales se dedican al rey Arturo y, de la lectura de la misma, se puede deducir claramente que es en Arturo en quien encuentra inspiración para hablar de los otros reyes. Aquí, por primera vez en un escrito, Arturo aparece como el gran héroe romántico de la tradición celta, con una espléndida corte, con su escudo decorado con una imagen de la Virgen María, la Madre de Dios, una lanza «sedienta de sangre» y un yelmo cuyo blasón está «labrado con la forma de un dragón». Su corte es tan magnífica y está tan bien gobernada como la del Emperador Carlomagno y su atmósfera está impregnada de los ideales caballerescos del

siglo XII: «Nadie puede considerarse digno del amor de una dama a menos que lo haya probado tres veces en asuntos de armas. Así, las damas demostrarán su castidad y los caballeros ser merecedores de su amor».

Aquí, en la *Historia de los reyes de Britania* de Monmouth, se establecen por primera vez las principales tradiciones de la épica artúrica y se cuentan también por primera vez los relatos que después pasarán a ser tan conocidos por todos. Aquí también tiene lugar la primera aparición de la leyenda que cuenta que Arturo no solo derrotó a los sajones, sino que lideró en el extranjero al ejército britano en triunfantes campañas que se desarrollaron desde Irlanda hasta las fronteras de Italia, consiguiendo victorias más importantes que las del mismo César.

De acuerdo con lo que nos cuenta Geoffrey de Monmouth su maravillosa (o, como muchos dirían, increíble) narración se basa en «un libro muy antiguo escrito en lengua británica». Éste habría sido llevado de Inglaterra a Gales por su amigo Walter, archidiácono de Oxford, «un hombre conocedor de la historia de los países extranjeros y muy versado en todos los aspectos de la historia». Ya que en ese momento nadie más (aparte de Geoffrey y Walter) parece haber visto ese libro antiguo ni sabemos de ninguna crónica bretona o galesa que haya reflejado nunca su existencia, siempre se ha supuesto que Geoffrey simplemente lo inventó. Es cierto que, en aquellos días, era costumbre, cuando se compilaba una historia cuya veracidad podía ser cuestionada, afirmar que su autoridad estaba respaldada por un erudito escrito de gran antigüedad. En cualquier caso, Geoffrey de Monmouth termina su libro con una nota en la que dice que ha dejado el trabajo de consignar las biografías de los últimos reyes sajones y gale-

ses a otros tres historiadores contemporáneos suyos. Quizás también esperaba que se convirtieran en sus críticos, ya que les recomienda que «no digan nada sobre los reyes de los britanos, ya que ellos no poseen el libro en lengua británica que Walter, el archidiácono de Oxford, trajo de Gales. Este libro, que he traducido con gran cuidado al latín, se compuso para narrar con gran veracidad los honores y hazañas de estos príncipes».

Uno de los historiadores que no se dejó intimidar por esta amenaza fue William de Newburgh, que nació en torno al 1136, el año que Geoffrey terminó su *Historia*, y quien también escribió una historia de las aventuras de los ingleses desde la conquista del interior por los normandos. Como historiador mucho más crítico que Geoffrey, William condenó duramente el trabajo de su predecesor por ser fantasioso y señaló que si los hechos que él contaba habían sucedido alguna vez, habría sido en un mundo diferente. Según William, Geoffrey había conseguido «que el dedo meñique de su Arturo fuera más ancho que la espalda de Alejandro el Grande». De forma similar, otro cronista que escribió durante el siglo XIV se preguntaba cómo podría ser que todos los historiadores continentales hubieran pasado por alto la conquista de treinta reinos por parte de Arturo y su ataque a un emperador romano.

Los historiadores posteriores generalmente han coincidido con estos primeros escépticos en considerar falso el relato del libro encontrado en Gales por el archidiácono de Oxford. Suponen que Geoffrey sacó sus historias de su fértil imaginación más que de la *Historia Brittonum* de Nennius o de alguna autoridad reconocida de la temprana historia de Inglaterra, o incluso de las confusas tradiciones locales y nacionales. Se ha señalado que la *Historia* de Geof-

frey aparece durante el problemático reinado de Stephen, cuando la dinastía normanda que gobernaba Inglaterra corría el peligro de perder su poder e influencia. Sus miembros sintieron la necesidad de contar entre sus predecesores en el trono con alguien que fuera distinguido y glorioso. Carlomagno, precursor e inspiración de los reyes de Francia y Alemania, ya era un héroe aceptado en el folklore y su leyenda contaba que no estaba muerto sino que solo dormía esperando el momento de volver triunfante junto a sus paladines. La relación con el legendario Arturo podía beneficiar enormemente a los reyes normandos en sus esfuerzos por evitar la dominación francesa.



Ilustración perteneciente al *Evangeliario de Carlomagno*, figura que pudo inspirar el nacimiento del mito del rey Arturo.

Otros historiadores han enfatizado el hecho de que Geoffrey de Monmouth creciera en Gales, en una atmósfera de tradición celta, y quisiera halagar a la corte real presentando a Arturo como el ideal de rey anglo-normando, favoreciendo también a los celtas mediante la exageración de los esplendores de su pasado. De hecho, él no estaría escribiendo historia, sino un tratado que demostrara las virtudes heroicas de la raza británica y de sus líderes, mediante la narración de sus fantásticas victorias contra todos sus enemigos.

Sea como sea, Geoffrey de Monmouth ocupa un lugar muy importante en la historia, ya que fue el primero en crear la leyenda artúrica que encendería la imaginación de toda la cristiandad. El éxito fue inmediato en su país. La enorme popularidad de su trabajo puede deducirse del hecho de que han sobrevivido cerca de doscientos manuscritos completos, de los cuales cincuenta datan, en efecto, del siglo XII. Durante la Edad Media, la *Historia* de Geoffrey fue la fuente más importante para todos los escritores de la Britania celta.

Pero fue en el continente donde la leyenda se embelleció y se extendió enormemente. Ya en 1140, Geoffrey Gaimar había traducido la *Historia* de Geoffrey del latín al francés y, en 1155, el poeta anglo-normando Wace la parafraseó en verso en *Le Roman de Brut* (así llamado por un completamente imaginario Bruto de Troya quien, en el relato de Geoffrey, se señalaba como el fundador de Britania). Esto hace que la historia sea más dramática y

El rey Arturo, según la interpretación de Howard Pyle, procedente del libro *The Story of King Arthur and his Knights*, publicada en 1903.



romántica, ya que introduce la leyenda de la Mesa redonda, alrededor de la cual se sentaban los caballeros de Arturo para conferenciar y para celebrar, y presenta a Arturo como «un amante de la gloria, cuyas famosas hazañas merecen conservarse en la memoria: él estableció las normas de cortesía en la corte y las llevó a lo más alto de forma espléndida».

Alrededor del año 1175, el poeta francés Chrétien de Troyes retomó la leyenda artúrica. Como hábil compilador de romances para la aristocracia feudal francesa, Chrétien añadió a las historias nuevos personajes y un nuevo encanto, envolviendo los relatos en una atmósfera extrañamente etérea e irreal en la que el amor era una especie de



Texto de los versos 3.136 al 3.141 de *Le conte du Graal*, de Chrétien de Troyes, escrito en francés primitivo.

religión. Así respondía a los deseos de su patrona, la condesa Marie de Champagne, cuya espléndida corte fue el centro de este nuevo código de amor cortés. Se glorificó un tipo ideal de afecto entre el caballero y su dama, la cual no podía llegar a ser esposa, ya que todos los matrimonios estaban «arreglados» en aquellos días y el verdadero amor no podía darse en una relación de obligación. Los ideales del amor cortés se basaban en que el amante debía ser gentil y humilde y reverenciar y obedecer a su dama como si ésta fuera su señor. A cambio, la dama recompensaría su devoción amándolo y cuidando de él. Como es comprensible, los ideales del amor cortés se hicieron extremadamente populares y los relatos que lo glorificaban se leyeron y recitaron por toda Europa.

Siguiendo el ejemplo de Chrétien, otros escritores franceses produjeron romances en verso y en prosa, algunos que lo imitaban y otros que contenían una versión modificada de alguna vieja historia o un nuevo relato interpolado, y comenzaron a reunirlos. Los trovadores de Britania seguramente contribuyeron a aumentar este material con sus detallados relatos de las aventuras de Arturo, que se basaban en los viejos cuentos celtas de magia y maravillas, que contaban una y otra vez en las casas de los nobles.

Mientras, en Inglaterra, un sacerdote de Worcestershire llamado Layamon tradujo del francés al inglés la obra de Wace, *Roman de Brut*, contribuyendo así a la elaboración y expansión de la materia básica. En el *Bruto* de Layamon, la primera versión de la leyenda artúrica que se escribió en Inglaterra, el énfasis cambia una vez más: Layamon no escribía para la aristocracia, cuya lengua era todavía el francés, sino para el pueblo llano de Inglaterra, que hablaba la antigua forma del idioma que se habla



Los trovadores fueron los protagonistas principales de las Cortes del Amor, con sus poemas y canciones. En este caso, uno se acompaña con un rabel. Miniatura presente en la *Biblia de Vic,* del siglo XIII.

actualmente, y al que interesaba los personajes y aventuras que ya le resultaban familiares debido a la herencia que había recibido. Layamon trata la leyenda como una epopeya de la temprana Britania, en la cual Arturo era un nacionalista, algo así como un líder bárbaro, muy diferente del rey de cuento de hadas que aparece en los romances franceses. Este Arturo, más sencillo y terrenal, es en esencia el héroe británico y este tratamiento se repetirá en varios poemas y romances en prosa escritos en inglés que narran las aventuras del rey y sus caballeros.

Por extraño que parezca, la primera aparición del rey Arturo en una obra de arte que se conserva en la actuali-

dad no fue en su nativo reino de Britania, sino en Italia, mucho más al sur, donde se grabó un relieve de Arturo y sus caballeros en la puerta norte de la catedral de Módena, en algún momento entre 1099 y 1120. En 1165, *Arturus Rex* se representó de nuevo, esta vez en un mosaico en el suelo dentro de la catedral de Otranto, al sur, en el talón de Italia. El mosaico retrata al rey portando un cetro y montando una cabra, lo que parece ser una extraña montura para un rey, a no ser que la cabra en aquel tiempo tuviera alguna relación con aquellos que gobernaban reinos subterráneos y se supusiera que Arturo lo hacía.

Aproximadamente treinta años después de que este mosaico se descubriera, un visitante inglés que recorría la isla de Sicilia, no muy lejana, informó de que sus habitantes creían que se podía encontrar al rey Arturo en las profundidades volcánicas del Etna. También había sido visto por un mozo de cuadra en una llanura siciliana buscando un caballo fugitivo. Este hombre había cruzado la llanura y había entrado en un maravilloso palacio, donde encontró a Arturo tumbado en una cama. El rey le habló de su última batalla y le dijo que, cada año, en el aniversario de dicha batalla, sus heridas se abrían de nuevo. Parece sorprendente que la tradición de la supervivencia de Arturo viajara tan lejos desde sus orígenes británicos, pero en este tiempo la isla de Sicilia estaba gobernada por la dinastía normanda y la leyenda pudo ser importada por los trovadores y llevada de forma inmediata al Mediterráneo por los oyentes más entusiastas.

Durante dos siglos, la leyenda del rey Arturo y sus caballeros se extendió por toda Europa e incluso alcanzó algunas zonas de Asia. En Francia, la fama de Arturo casi eclipsó la de Carlomagno, que no volvió a gozar de una

posición preeminente hasta que la Edad Media hubo finalizado. En Alemania, los mejores poetas medievales celebraron las grandes hazañas de Arturo y de sus caballeros, en especial de Tristán y Percival. En Italia, Dante escribió *Lancelot*. Se realizaron traducciones de los textos artúricos desde Irlanda hasta Grecia. Su nombre resultaba familiar a los habitantes de los Países Bajos, Escandinavia y Suiza, España y Portugal, Chipre y Sicilia.

«¿Hasta dónde se ha extendido la fama de Arturo el Britano?», preguntaba un escritor inglés en una fecha tan temprana como 1170. «Más lejos aún que el imperio de la cristiandad. Quién, me pregunto, no habla de Arturo el Britano, si es casi más conocido entre las gentes de Asia que entre los *britanni*, como nos cuentan los peregrinos que vienen de Oriente. Los orientales hablan sobre él, así como los occidentales, aunque están separados por la amplitud de la Tierra».

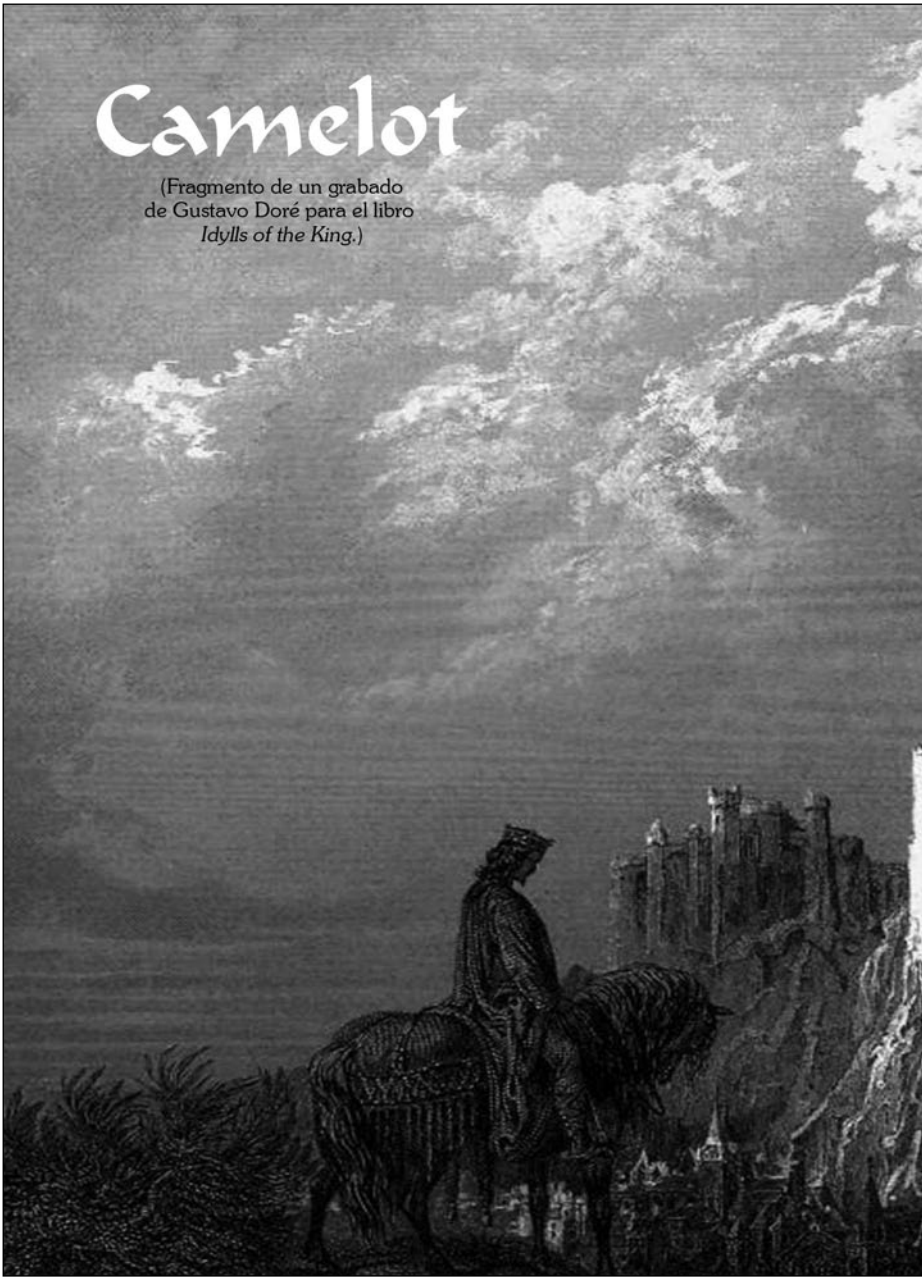
A principios del siglo XIII, los nobles y los caballeros comenzaron a divertirse con festividades que fueron llamadas Mesas Redondas, en honor a la gran Mesa alrededor de la cual los caballeros de Arturo se sentaban en Camelot. La idea de una mesa redonda que no hiciera distinciones entre los rangos de los caballeros parecía tener un especial atractivo para las mentes medievales, sin duda por el contraste con las estrictas normas de preferencia que gobernaban cualquier otra actividad, especialmente la de comer en sociedad. Los cruzados que lucharon para liberar Tierra Santa de la dominación musulmana también se relajaban con justas y banquetes en honor al legendario rey Arturo; el señor de Beirut honró la investidura como caballeros de sus hijos mayores con una espléndida celebración en la que «hubo mucha generosidad y derroche; hubo *bohorts*

[un tipo de torneo en el que se usaban armas sin filo], se representaron las aventuras de Britania y las de la Mesa redonda y hubo otros muchos divertimentos».

Festividades similares se celebraron en sitios tan diversos como la isla de Chipre en 1223, Acre en Tierra Santa en 1286, Valencia en España en 1269, Praga en 1319 o Dublín en 1498. En éstos y otros muchos lugares, los reyes, los duques y los emperadores presidieron Mesas redondas y fundaron órdenes imitando el «fantástico compañerismo» del rey Arturo. Tanto ellos mismos como sus caballeros, huéspedes y rivales adoptaban los nombres, los supuestos distintivos heráldicos, las espléndidas ropas y los equipamientos de los famosos caballeros de Arturo y competían en enérgicos y peligrosos torneos por el placer de obtener el favor de las damas de la corte.

Un Papa tras otro condenaron las extravagancias de las Mesas redondas, su inmoralidad, su sinsentido y su peligrosidad y denegaron el enterramiento cristiano a aquellos que morían a causa de una caída particularmente dura o de un golpe especialmente brutal. Pero la Mesa redonda siguió siendo la principal diversión de moda entre la nobleza europea.

Aunque se asocia principalmente con la aristocracia, la Mesa redonda no era una actividad exclusiva de la clase alta. En 1281, un ciudadano de Magdeburg en Sajonia envió invitaciones a varios comerciantes de su confianza pidiéndoles que asistieran a una Mesa redonda y que demostraran su valor, señalando que el probado campeón sería recompensado con una mujer llamada Dame Feie. Aquellos que acudieron a probar su habilidad fueron recogidos por los guardias y escoltados a la lid, o lugar del torneo, que se había montado en suelo pantanoso no lejos de



(Fragmento de un grabado
de Gustavo Doré para el libro
Idylls of the King.)



allí. Los escudos de los campeones vigentes se colgaron de los árboles y los aspirantes debían dar un toque de lanza en uno de ellos para que su propietario saliera de su tienda para luchar con el pretendiente y defender su honor en la lid. Un viejo comerciante fue el que ganó a Dame Feie, a la cual se presentó con una rica dote, pero es difícil de creer que la consiguiera solo con la fuerza de sus armas.

Uno de los más magníficos torneos medievales se celebró en el castillo de Windsor en 1344. Eduardo III ordenó su celebración para conmemorar dos sonadas victorias contra los tradicionales enemigos de Inglaterra, Francia y Escocia, y después de tres días de justas y festejos, el rey llamó a todos sus huéspedes a una asamblea solemne. Vestido con ropas de terciopelo y portando la corona de Inglaterra, colocó la mano sobre la Biblia y «realizó el juramento de que comenzaría una Mesa redonda de la misma forma y con las mismas condiciones que lo había hecho Lord Arthur, el antiguo rey de Inglaterra, nombrando a 300 caballeros… y señaló que la conservaría y mantendría de acuerdo a su poder». Eduardo seleccionó a sus caballeros, vinculándolos a servir a los débiles y oprimidos con solemnes juramentos; y entonces, dice el cronista, los tambores y las trompetas sonaron y «todos juntos con los huéspedes se precipitaron al banquete, donde había comida en abundancia, una gran variedad de platos y una cantidad rebosante de bebidas; el regocijo era completo, las comodidades incalculables, la diversión enorme, la hilaridad fluía espontáneamente».

Pocos días después, en el enorme patio del castillo de Upper Ward, se comenzó a construir un gran salón de piedra para la Mesa redonda, donde los caballeros de la hermandad pudieran celebrar sus fiestas en el futuro. Pronto, sin

embargo, tuvo que suspenderse porque el rey emprendió la guerra contra Francia y no pudo afrontar los dos gastos. Volvió a Windsor en 1347, triunfante después de su aplastante victoria sobre los franceses en Crécy y de su captura del puerto de Calais, la llave del canal inglés. El salón inacabado para los caballeros de la Mesa redonda todavía se mantenía en pie en el Upper Ward para recordarle sus pasadas intenciones. Eduardo fue un hombre de gran ambición, que se tomó sus obligaciones como caballero y como líder de caballeros más en serio que sus obligaciones como soberano. Se entregó a las fiestas y los placeres durante poco tiempo, ya que pronto comenzó a considerar una empresa «más concreta y selecta»: recuperar su idea de la hermandad de caballeros que sería la envidia de Europa.



Los Caballeros de la Mesa Redonda, presididos por Arturo, en un manuscrito medieval en torno al año 1400.

Tanto fue así que la Mesa redonda del rey Arturo se convirtió en su inspiración para fundar la Orden de la Liga. Esta orden, que tomo el nombre del distintivo que portaban los caballeros en el torneo celebrado en Windsor en 1348, se convirtió, y todavía sigue siendo en el siglo XXI, en la orden de caballería más noble y respetada de Europa.

Sin embargo, en el momento en que se fundó, los ideales de la caballería ya estaban en declive. Las batallas ya no las ganaba el valor, ni los caballeros luchando entre ellos con espadas y lanzas. La misma victoria de Eduardo III en Crécy había probado que una cantidad suficiente de hombres de baja alcurnia, armados con arcos y situados en avanzadilla, podían vencer a un ejército de caballeros que los superaban dos veces en número, a pesar de su mejor armadura y su aristocrático nacimiento. En Agincourt, en 1415, esta realidad se hizo aún más evidente cuando un ejército francés de cincuenta mil hombres se



Insignia de los caballeros medievales de la Orden de la Liga, o Jarretera.

enfrentó contra una fuerza inglesa de trece mil. Miles de caballeros franceses, la gloria de la caballería del rey Carlos VI, se negaron a que las tropas inferiores, armadas con la nueva y menospreciada artillería, ocuparan su lugar en la primera línea de batalla. Sin monturas, y dentro de esa enorme cantidad de metal que los hacía incapaces de moverse por el campo embarrado, quedaron a merced de los arqueros y hombres de armas ingleses. Los ingleses, con libertad para maniobrar, tumbaron a los franceses con sus pesadas y sofocantes armaduras y los hicieron pedazos con sus propias espadas y hachas.

Medio siglo después, Inglaterra se desmembró cuando la brutal Guerra de las Rosas convulsionó el país. La Edad Media se acercaba a su final; surgían nuevas ideas, nuevas formas de vida, nuevos inventos. En 1476, William Caxton estableció la primera imprenta en Inglaterra y comenzó a imprimir para una creciente clientela libros que antes solo estaban disponibles en forma de manuscrito laboriosamente copiado: *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer, traducciones de los clásicos, una enciclopedia de filosofía…

El 31 de julio de 1485, Caxton publicó bajo el nombre de *Red Pale* su sexagésimo título en el condado de Westminster. Un mes después, el primer rey Tudor de Inglaterra ascendería al trono; una nueva era, la era Tudor, acababa de comenzar. El libro que Caxton imprimió aquel mes de julio fue el más renombrado romance medieval, *La muerte de Arturo* de Sir Thomas Malory, un libro que miraba al pasado con una añoranza nostálgica de aquellas hazañas gloriosas y heroicas de la época de la caballería, de un mundo extraño y del pasado, que ya se había olvidado e idealizado.